

EL ESPACIO PÚBLICO COMO REPRESENTACIÓN Espacio urbano y espacio social en Henri Lefebvre

Manuel Delgado
Oporto, mayo 2013

En otro lugar (Delgado, 2011) he insistido en indagar cuándo y en qué condiciones teóricas se produce la irrupción en escena del concepto de espacio público, tal y como tiende a emplearse de forma crecientemente central en los discursos políticos y urbanísticos. En esa tarea resulta significativo que un autor como Henri Lefebvre no emplee tal concepto en ninguna de sus obras importantes de temática urbana, como *Le droit a la ville* o *Espace et politique*, aparecidas en 1968 y 1970 respectivamente. Esa apreciación tendría una excepción relativa en *La production de l'espace social*, un libro publicado en 1974. En efecto, en esa obra el término aparece dos veces: en la página 32; como un sinónimo de espacio urbano, y en la página 433, en oposición a espacio privado y precisamente para advertir que en realidad no existe. En concreto, Lefebvre escribe: "... La noción 'operatoria' de clasificación y ordenamiento gobierna el espacio entero, del espacio privado al espacio público, del mobiliario a la planificación espacial. Sirve ostensiblemente a la homogeneidad global es decir al poder. ¿Quién ordena? ¿Quién clasifica? El Estado, las autoridades 'públicas', es decir el poder. De hecho, esta capacidad operatoria alinea el espacio 'público' sobre un espacio 'privado', el de la clase o fracción de clase hegemónica, la que detenta y mantiene al más alto nivel la propiedad privada del suelo y de los otros medios de producción. Aparentemente sólo lo 'privado' se organiza bajo el primado de lo 'público'. En realidad, se instaura lo contrario. El espacio entero es tratado a partir del modelo de la empresa privada, de la propiedad privada" (Lefebvre, 1974: 433).

En realidad, ese sería uno de los valores a reclamar de una teoría del espacio-tiempo, la de Henri Lefebvre, que no es posible ni siquiera resumir aquí, pero de la que sí que cabe retener algún aspecto. Por ejemplo, el que permite reconocer la equivalencia que en la tipología espacial lefebvrina encontraría el empleo hoy hegemónico de un concepto de *espacio público* desconocido en el momento en que la establece, esa interpretación que hoy yuxtapone hasta confundir el espacio de libre circulación y acceso entre volúmenes construidos al que llamamos un día plaza o calle y el espacio filosófico republicano recuperado por el ciudadanía tanto de derechas como de izquierdas como escenario de la epifanía de los valores abstractos de la democracia burguesa.

De su mano habría alcanzado hoy su expresión más sofisticada y sutil lo que, en su división triádica del espacio social, lo que Lefebvre llama *representación del espacio*, que se corresponde con el espacio concebido, el provisto por las ciencias, las técnicas y las teorías filosóficas del espacio, al servicio de una ideología que no puede ser más de dominación y que, en manos de urbanistas, proyectistas, arquitectos y tecnócratas, se convierte en instrumento discursivo clave a la hora de que el capitalismo intervenga y administre lo que siendo presentado como espacio no deja de ser sino simplemente suelo, puesto que ese espacio concebido acaba tarde o temprano, convertido en espacio inmobiliario, es decir espacio para vender.

Recuérdese que Lefebvre propone una división conceptual triádica de la noción de espacio. Lo hace en lo que puede considerarse su obra culminante, *La production de l'espace social*, en el que establece una distinción entre *práctica espacial*, *representaciones del espacio* y *espacios de representación* (Lefebvre, 1974: 42-43 y 48-49). La práctica espacial se corresponde con el espacio percibido, el más cercano a la vida cotidiana y a los usos más prosaicos, los lugares y conjuntos espaciales propios de cada formación social, escenario en que cada ser humano desarrolla sus competencias como ser social que se sitúa en un determinado tiempo y lugar. Son las prácticas espaciales las que segregan el espacio que practican y hacen de él espacio social. En el contexto de una ciudad, la práctica espacial remite a lo que ocurre en las calles y en las plazas, los usos que estas reciben por parte de habitantes y viandantes. Por su parte, los espacios de representación son los espacios vividos, los que envuelven los espacios físicos y les sobreponen sistemas simbólicos complejos que lo codifican y los convierten en albergue de imágenes e imaginarios. Es espacio también de usuarios y habitantes, por supuesto, pero es propio de artistas, escritores y filósofos que creen sólo describirlo. En los espacios de representación puede encontrar uno expresiones de sumisión a códigos impuestos desde los poderes, pero también las expresiones del lado clandestino o subterráneo de la vida social. Es el espacio cualitativo de los sometimientos a las representaciones dominantes del espacio, pero también en el que beben y se inspiran las deserciones y desobediencias.

Junto a esos dos espacios —el espacio percibido y el espacio vivido— Lefebvre coloca conceptualmente el espacio concebido, al que denomina *representación del espacio*, en todo momento entrelazado con los otros dos, puesto que su ambición siempre es la de imponerse en todo momento sobre ellos. En este caso es un espacio no percibido ni vivido, pero que pugna por serlo de un modo u otro. La representación del espacio, que está vinculado a las relaciones de poder y de producción, al orden que intentan establecer incluso por la violencia tanto a los usos ordinarios como a los códigos. La representación del espacio es ideología aderezada con conocimientos científicos y disfrazada tras lenguajes que se presentan como técnicos y periciales que la hacen incuestionable, puesto que presume estar basada en saberes fundamentados. Ese es el espacio de los planificadores, de los tecnócratas, de los urbanistas, de los arquitectos, de los diseñadores, de los administradores y de los administrativos. Es o quiere ser el espacio dominante, cuyo objetivo de hegemonizar los espacios percibidos y vividos mediante lo que Lefebvre llama “sistemas de signos elaborados intelectualmente”, es decir mediante discursos. Ese es el espacio del poder, aquel en el que el poder no aparece sino como "organización del espacio", un espacio del que el poder "elide, elude y evacua. ¿Qué? Todo lo que se le opone. Por la violencia inherente y si esa violencia latente no basta, por la violencia abierta" (p. 370).

En *La production de l'espace social*, Lefebvre trabaja constantemente esta oposición entre espacio vivido —el de los habitantes y usuarios; espacio sensorial y sensual de la palabra, e la voz, de lo olfativo, de lo auditivo... (1974: 419)— y espacio concebido, que es el de planificador, el arquitecto y la arquitectura, ese espacio que, en forma de lote o porción, les ha sido cedido por el promotor inmobiliario o la autoridad política para que apliquen sobre él su "creatividad", que no es en realidad sino la sublimación de su plegamiento a los intereses

particulares o institucionales del empresario o del político. Tras ese espacio concebido y representado no hay otra cosa que de mera ideología, en el sentido marxista clásico, es decir fantasma que recubre las relaciones sociales reales de producción, en este caso haciendo creer con frecuencia en la neutralidad de valores abstractos universales, y que deviene obstáculo para la revelación de su auténtica naturaleza y por tanto de su transformación futura. Puesto que no es más que ideología, ese espacio concebido es en realidad espacio ensoñado, puesto que está destinado a sufrir constantemente todo tipo de desgarros, desacatos y desmentidos que lo desgarran como consecuencia de su falta de consistencia y su vulnerabilidad ante los envites de la naturaleza crónicamente conflictiva de la sociedad sobre la que pugna inútilmente por imponerse.

Otro ámbito conceptual en que cobijar la noción actualmente hegemónica de espacio público es la de *espacio abstracto*, que también desarrolla Lefebvre en *La producción de l'espace social*, que también concibe como *ideología en acción* y que asocia al espacio vacío vacío y primordial, neutro, en condiciones de recibir contenidos fragmentarios y disjuntos, que es el propio de urbanistas y arquitectos y del que destaca un rasgo fundamental: es, por definición, el espacio de las clases medias, precisamente porque ellas también son o quisieran ser *neutras* y encuentran o creen encontrar en ese espacio "un espejo de su 'realidad, de representaciones tranquilizantes, de un mundo social en el que han encontrado su lugar, etiquetado, asegurado", aunque en verdad que ese es solo un efecto óptico, la consecuencia ilusoria de que esas clases medias han sido objeto al brindarle un falso alivio para unas aspiraciones que la realidad real nunca satisfará (p. 356).

Nada que ver con la noción de *espacio público* manejada desde las ciencias sociales de la interacción situada, que lo entienden como escenario y producto a la vez de las *relaciones en público* —por evocar el título del libro de Goffman—, para las que se constituiría (Goffman, 1974) —por usar ahora el título de otro libro básico, en este caso de John Lofland (1978), la quintaesencia del espacio social, es decir la conducción al máximo nivel de intensidad la capacidad de lo social en orden a generar realidades hechas de comunicación y de intercambio, incluyendo las oportunidades en que estos adoptan una dimensión conflictiva e incluso polémica.

Ahora bien si ese espacio público del que Lefebvre *no* habla tuviera que encontrar un valor teórico que, en su pensamiento, nos sirviera de equivalente, este sería el de espacio urbano, en el sentido de espacio *de y para lo urbano*, entendido como una forma específica de organizar y pensar el tiempo y el espacio en general, y no sólo en el marco físico de ese constructo material que es la urbe. Recuérdese la distinción que Lefebvre plantea como central en los dos volúmenes de *El derecho a la ciudad* (Lefebvre, 1978 [1968] y 1976 [1972]) —entre *la ciudad y lo urbano*. La ciudad es una base práctico-sensible, una morfología, un dato presente e inmediato, algo que está ahí. La ciudad es lo que ocurre en las calles, en las plazas. Lo urbano es otra cosa: no requiere por fuerza constituirse como elemento tangible, puesto que podría existir y existe como mera potencialidad, como conjunto de posibilidades.

En ese sentido, la ciudad es *palabra*, habla, sistema denotativo. Lo urbano más va más allá: es un lenguaje, un orden de connotaciones, como Lefebvre establece

tomando el símil de la glosemática y de la semiótica de Greimas. Lo urbano no es un tema, sino una sucesión infinita de actos y encuentros realizados o virtuales. La vida urbana “intenta volver los mensajes, órdenes, presiones venidas de lo alto contra sí mismas. Intenta *apropiarse* el tiempo y el espacio imponiendo su juego a las dominaciones de éstos, apartándoles de su meta, trampeando... Lo urbano es así obra de ciudadanos, en vez de imposición como sistema a este ciudadano” (1978: 85). Lo urbano es esencia de ciudad, pero puede darse fuera de ella, porque cualquier lugar es bueno para que en él se desarrolle una sustancia social que acaso nació en las ciudades, pero que ahora expande por doquier su “fermento, cargado de actividades sospechosas, de delincuencias; es hogar de agitación. El poder estatal y los grandes intereses económicos difícilmente pueden concebir estrategia mejor que la de desvalorizar, degradar, destruir la sociedad urbana...” (1978: 99). Lo urbano es lo que se escapa a la fiscalización de poderes que no entienden ni saben qué es lo urbano, puesto que lo urbano “constituye un *campo de visión ciego* para aquellos que se limitan a una racionalidad ya trasnochada, y así es como corren el riesgo de consolidar lo que se opone a la sociedad urbana, lo que la niega y la destruye en el transcurso del proceso mismo que la crea, a saber, la segregación generalizada, la separación sobre el terreno de todos los elementos y aspectos de la práctica social, disociados los unos de los otros y reagrupados por decisión política en el seno de un espacio homogéneo.” (1978: 99)

Ahora bien, a pesar de los ataques que constantemente recibe lo urbano y que procuran desmoronarlo o al menos desactivarlo, sostiene Lefebvre, este persiste e incluso se intensifica, puesto que se alimenta de lo que lo altera; puesto que “las relaciones sociales continúan ganando en complejidad, multiplicándose, intensificándose, a través de las contradicciones más dolorosas. La forma de lo urbano, su razón suprema, a saber, la simultaneidad y la confluencia no pueden desaparecer. La realidad urbana, en el seno mismo de su dislocación, persiste” (1976). Es más, se antoja que la racionalización paradójicamente absurda que pretende destruir la ciudad ha traído consigo una intensificación de lo urbano y sus problemáticas. De ello el mérito le corresponde a habitantes y usuarios que, a pesar de los envites que recibe un estilo de vida que no deja nunca de enredarse sobre sí mismo, o quizás como reacción ante ellos, “reconstituyen centros, utilizan lugares para restituir los encuentros, aun irrisorios” (1976: 100). Frente a un control sobre la ciudad por parte de sus poseedores políticos y económicos, que quisieran convertirla en valor de cambio y que no duda en emplear todo tipo de violencias para ello, lo urbano escapa de las exigencias del valor de cambio, puesto que se conforma en apoteosis viviente del valor de uso. Lo urbano es el reino del uso, es decir del cambio y el encuentro liberados del valor de cambio (1978: 167) Es posible que la ciudad esté o llegue a estar muerta, pero lo urbano persistirá, aunque sea en “estado de actualidad dispersa y alienada, de germen, de virtualidad. Lo que la vista y el análisis perciben sobre el terreno puede pasar, en el mejor de los casos, por la sombra de un objeto futuro en la claridad de un sol de levante...”. Un porvenir que el ser humano no “descubre ni en el cosmos, ni en el pueblo, ni en la producción, sino en la sociedad urbana” (1978: 120). De hecho, “la vida urbana todavía no ha comenzado” (1978: 127)

Lo urbano no es sustancia ni ideal: es más bien un espacio-tiempo diferencial. es lo que no pertenece propiamente a la ciudad; es más, se constituye, hace

notar Lefebvre, lo que permite confirmar y culminar el viejo postulado que Engels, en el *AntiDühring*, le permitía restituir lo social al reino de la naturaleza (Lefebvre, 1976: 83), puesto que lo social ha devenido ya del todo urbano, lo que equivale sostener lo mismo que hemos visto que sostenía Lofland: lo urbano no es ya sino la radicalidad misma de lo social, su exacerbación y, a veces, su exasperación. “Lo urbano, al mismo tiempo que lugar de encuentro, convergencia de comunicaciones e informaciones, se convierte en lo que siempre fue: lugar de deseo, desequilibrio permanente, sede de la disolución de normalidades y presiones, momento de lo lúdico y lo imprevisible” (1978: 100)..., es lo que aporta “movimiento, improvisación, posibilidad y encuentros. Es un “teatro espontáneo” o no es nada (1978: 157].

Lo urbano es descrito y analizado en esas dos obras (*Espacio y poder* y *El derecho a la ciudad*, por mencionar sus ediciones españolas) como un auténtico espacio hipersocial, lo que es congruente con que luego calque sus características a lo que en *La production de l'espace social* llama simplemente *espacio social*. Es más, esa identificación es explícita en diversos momentos, como repitiendo lo que en sus dos obras anteriores ya establecía sosteniendo que el espacio social se ha vuelto ya urbano en su conjunto. En efecto, “el espacio social, sobre todo el espacio urbano aparece en su multiplicidad, comparable a la de un hojaldre, mucho más que a la homogeneidad del espacio euclidiano clásico. Los espacios sociales se compenentran, se interfieren, se superponen, incluso cuando se antojan separados por muros, puesto que ni siquiera estos pueden evitar la circulación de los fluidos que no dejan de recorrerlo. En ello consiste su hipercomplejidad, echa de “unidades individuales y particularidades, fijaciones relativas, movimientos, flujos y ondas, unas compenetrándose, las otras enfrentándose, etc.” (Lefebvre, 1974: 106).

Ese espacio que Lefebvre titula *urbano*, ¿acaso no es ese reino al que Lofland calificaba como quintaesencia del espacio social mismo, y que no es que sea distinto del espacio ideológico de las místicas del espacio público habermasiano hoy de moda, sino que es justamente lo que debería reconocerse a sus antípodas? Ese espacio es el mismo que, por ejemplo, le permitía a Jane Jacobs hablar de la sociedad de las aceras, ese escenario para una compleja y apasionante vida social, en la que las ciudades encontraban el elemento fundamental que hacía de ellas marco para las formas más fértiles y creativas de convivencia humana, formas singulares de sociabilidad que protagonizan los transeúntes o avecindados que llevan a cabo actividades más o menos ordinarias a lo largo y ancho de la acera de una calle, distribuyéndose en una plaza u ocupando el que consideran su lugar en un parque público, que no sólo constituían una colección fascinante de actos y acciones ordenados de manera casi coreográfica.

Ahí había un auténtico “orden físico” –ese es el concepto que la propia autora propone–, conformado por microprocesos en los que más que la compenetración entre elementos orgánicos integrados, lo que se da es, en efecto, un ballet, es decir una suite de iniciativas coordinadas altamente eficaces, en condiciones de dotar de coherencia interna una masa de unidades en permanente agitación. De ahí que Jacobs (2011), con un lenguaje llano y a partir de una estimación directa de la realidad, reconozca en una calle, un parque público o un barrio ejemplos de lo que ella misma imagina como una

suma de movimientos y actividades la mayoría de ellos triviales y casuales, pero cuya suma no lo es en absoluto, es decir aquello que poco después los teóricos del caos y de los sistemas complejos lejos de la linealidad llamarán *sistema emergente*. Pero las calles continúan estando donde estaban y en sus aceras todavía hay gente que hace todo tipo de cosas a todas horas. Allí, en ellas, siguen mezclándose acontecimientos grandes o microscópicos, conductas pautadas y comportamientos marginales, monotonías y sorpresas, lo anodino y lo excepcional, lo vulgar o lo misterioso, permanencias y mutaciones, lo indispensable y lo superfluo, las certezas y la aventura. Como Jane Jacobs quería: un dominio difícil de dominar en el que, mal que les pese a sus enemigos, continúa viviendo la vida.

Subrayemos lo que Lefebvre proclama: “En tanto que forma, lo urbano lleva un nombre: es la simultaneidad” (1978: 68. Simultaneidad de percepciones, de acontecimientos, espacio por tanto de hipersocialización, puesto que es la forma concreta que adopta “el encuentro y la reunión de todos los elementos que constituyen la vida social” (1976: 99). En el marco general definido por todo tipo de procesos negativos de dispersión, de fragmentación, de segregación..., lo urbano se expresa en tanto que exigencia contraria de conjunción, de reunión, de redes y flujos de información y comunicación... “Lo que la forma urbana reúne y torna simultáneo puede ser muy diverso. Tan pronto son cosas, como personas, como signos; lo esencial reside en la reunión y en la simultaneidad”. Ese espacio de simultaneidad, ¿no se parece o es idéntico a aquel espacio en el que la señora Dalloway –es decir, Virginia Woolf–, recibía la impresión, mientras cruzaba Victoria Street, de que en él “las cosas se juntaban”.

Bibliografía

- Delgado, M. (2011). *El espacio público como ideología*, La Catarata, Madrid.
- Goffman, E. (1974). *Relaciones en público. Microestudios de orden público*, Alianza, Madrid.
- Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Capitan Swing, Madrid.
- Lefebvre, H. (1978 [1968]). *El derecho a la ciudad*. Península, Barcelona.
- (1978 [1972]). *Espacio y política*, Península, Barcelona.
- 1974. *La production de l'espace social*, Anthropos, Barcelona.
- Lo, L. H. (1998). *The Public Realm. Exploring the City's Quintessential Social Territory*. A de Gruyter, Nova York.